

LETRAS

LETRILLAS

L&TRONES

+Reforma petrolera: ¿El germen de una nueva oportunidad para la izquierda?

Fotografía: EFE/Sashenka Gutiérrez

86

LETRAS LIBRES
SEPTIEMBRE 2014

MÉXICO IZQUIERDA Y REFORMA PETROLERA

✎ CARLOS BRAVO REGIDOR

Es un detalle del que ahora, a un año de distancia, ya casi nadie se acuerda: al anunciar su iniciativa de reforma para abrir el sector energético a la inversión privada, Enrique Peña Nieto intentó disputarle el monopolio del símbolo cardenista a la oposición de izquierda.

“Hace setenta y cinco años, precisamente en este salón del Palacio Nacional, el presidente Lázaro Cárdenas llevó a cabo la expropiación petrolera. Con el respeto que este lugar me merece, les informo que la reforma que hoy he enviado al Senado retoma palabra por palabra el texto del artículo 27 constitucional del presidente Cárdenas [...] En su momento, el presidente Lázaro Cárdenas afirmó que el artículo 27 no implicaba que la nación abandonara la posibilidad de admitir la colaboración de la iniciativa privada. Congruente con esa visión, la reforma energética que he presentado permitirá al Estado mexicano contratar a particulares cuando así convenga al interés nacional y con ello generar energía más barata para todas las familias mexicanas.”

El intento no pasó de un golpe publicitario, de un ardid coyunturalmente útil pero a la larga insostenible, cuyo impacto en términos de opinión pública se diluyó a los pocos días. Tal vez porque implicaba una interpretación histórica no solo inválida sino, más aún, inverosímil. Tal vez porque la izquierda —en particular Cuauhtémoc Cárdenas— se aprestó a refutarlo no únicamente con evidencia sino, sobre todo, con credibilidad. Tal vez porque el gobierno de Peña Nieto cayó en la cuenta de que esa batalla *en ese terreno* no la podía ganar.

En cualquier caso, presentar la propuesta recurriendo al símbolo cardenista, así fuera para tratar de apropiárselo, significaba reconocer implícitamente lo desprovisto que estaba el gobierno de otro referente que le permitiera plantear el tema en sus propios términos, de un discurso susceptible de modificar las coordenadas de la discordia, de un argumento que lograra aglutinar una mayoría social a su favor.

Tras un largo proceso legislativo, la reforma fue aprobada el mes pasado. Pero las encuestas (Buendía y Laredo, CESOP, CIDE, GEA-ISA, Parametría y Grupo Reforma) muestran que la mayor parte de la población estaba en desacuerdo desde un inicio, y sigue estándolo ahora, con permitir la inversión privada y/o extranjera

en la industria petrolera. Es decir que el gobierno logró reunir la mayoría de los votos en el Congreso, pero no ganar *los hearts and minds* de la mayoría de los mexicanos. La reforma venció pero no convenció.

Se ha señalado mucho que este desenlace constituye una derrota histórica para la izquierda; que la despoja de una de sus causas más obstinadas y aguerridas (i. e., impedir “la privatización de Pemex”); que es un testimonio de su incapacidad para formular una alternativa viable, distinta a la de un nacionalismo petrolero ineficiente, corrupto, podrido, etc.; que la ubica en una suerte de callejón sin salida en el que no le queda más que agachar la cabeza y replegarse o insistir neciamente en su oposición contra lo que, para todo efecto práctico, ya es un hecho consumado.

En efecto, se trata de una derrota para la izquierda. Pero difícilmente la reforma constituye el desenlace de esta historia.

Porque buena parte de los motivos que inspiraron la oposición mayoritaria a la reforma seguirán vigentes. Y no son motivos irracionales, herencias ancestrales reacias al cambio ni apegos dogmáticos al pasado. Son, por el contrario, resultado de una experiencia muy reciente con este tipo de reformas “modernizadoras”. Con la inflación de expectativas que generan,

con la debilidad regulatoria y la falta de capacidades institucionales a partir de las cuales se implementan, con el surgimiento de nuevos poderes fácticos en el que desembocan. Dicho de otro modo, lo que se expresa en esa oposición no es tanto una vaga fantasía nostálgica del México posrevolucionario como una sensación muy vívida de precariedad, de vulnerabilidad, de un miedo producto del México neoliberal.

Y esa oposición podría verse reivindicada en los próximos años cuando la fiesta de “las reformas que México necesita” se convierta en la resaca de “las reformas de Peña Nieto”. Cuando haya, como probablemente habrá, dificultades para ponerles límites a las petroleras, para fiscalizarlas, para sancionarlas; descontento por los precios de los energéticos que no bajan, por la gasolina que sigue subiendo, por la prosperidad que no llega; conflictos por tierras, por aguas, por daño ecológico; escándalos por abusos, por corrupción, por tráfico de influencias, por impunidad; enfrentamientos entre los “nuevos jugadores” de la industria petrolera y los reguladores, las comunidades, los trabajadores; etcétera.

La izquierda podría entonces actualizar su oposición, refrendar la opinión mayoritaria que siempre estuvo en contra y erigirse no ya como adversa a una reforma que prometía mucho sino como crítica de una reforma que no cumple lo que prometió...

Sí, la reforma es una derrota para la izquierda. Pero es, también, el germen de una nueva oportunidad. —

INDUSTRIA EDITORIAL

NUESTROS LEALES LECTORES

✎ JORGE TÉLLEZ

Qué maravilla despertar una mañana y darse cuenta de que los escritores, los editores, los distribuidores y los vendedores de libros están preocupados a tal grado por nosotros, los lectores, que incluso nos informan sobre lo que tenemos que hacer. Desde hace varios meses, la tienda Amazon y la editorial Hachette —filial estadounidense de Lagardère— han fracasado en la negociación del precio de los libros

electrónicos: Amazon ha estado presionando a Hachette para que acceda a bajarlo de quince dólares a 9.99, algo que la editorial no considera redituable. La discusión, perfectamente normal, se convirtió en noticia cuando Amazon decidió boicotear a Hachette en su página de internet: escondía los libros, mentía al decir que estaban agotados, extendía inverosímilmente los tiempos estimados de envío y, de manera aún más descarada, ofrecía “alternativas” para que la gente comprara libros de otros sellos editoriales.

En respuesta, Hachette decidió hacer públicas sus objeciones y empezó una campaña de desprestigio contra las tácticas monopólicas y desleales de la tienda en línea. Los escritores afectados escribieron artículos y aparecieron en televisión quejándose de la manera en que Amazon los utilizaba como rehenes para forzar a que la editorial aceptara los precios que le proponían. Las librerías independientes y algunas cadenas como Barnes and Noble aprovecharon el pleito y se promocionaron como el contrapeso justo y necesario para vencer a ese ente del mal en que muchos han convertido a Amazon.

El domingo 10 de agosto, alrededor de novecientos escritores publicaron un desplegado en el *New York Times* en el que respetuosamente le piden a sus “leales lectores que le escriban un correo electrónico a Jeff Bezos, CEO y fundador de Amazon, y que le digan lo que piensan al respecto”. Por supuesto, lo que se supone que nosotros sus leales lectores pensamos es exactamente lo mismo que ellos piensan: que lo que Amazon hace con los autores es injusto, porque “ningún librero debería bloquear la venta de libros o impedir que los clientes compren y reciban los libros que quieren”.

Un par de días después Amazon respondió con la misma estrategia. Si los escritores abajofirmantes se identificaron con el nombre de “Escritores Unidos” (*Authors United*), la carta respuesta propone que los lectores se organicen bajo el nombre de “Lectores Unidos” (*Readers United*) y le escriban un correo electrónico al editor en jefe de Hachette para hacerle saber que



Fotografía: Zuzchi Uwajima/Ansa/Newscom/Reuters/AL

Amazon y Hachette, los problemas de una máquina perfecta.

todo lector tiene derecho a obtener sus libros a un precio bajo y asequible, en especial si se trata de libros electrónicos, puesto que sus costos de producción son mucho menores que los de los impresos.

La carta de Amazon es un compendio de chistes involuntarios: acusa a la editorial de no proteger a sus autores; asegura que en varias ocasiones han ofrecido que, mientras no haya acuerdo, todo el dinero de las ventas vaya directamente a los escritores, o a un fondo para caridad, pero que nada ha funcionado y que eso es muestra evidente de que el sello abusa del nombre de sus autores para desprestigiar a la librería. En un movimiento argumentativo bastante cuestionable, Amazon compara la resistencia de la editorial al precio bajo de los libros electrónicos con las objeciones que en su momento tuvieron algunos editores ante los libros de bolsillo. En el colmo de la manipulación, cita a George Orwell fuera de contexto y lo pone como ejemplo de esta renuencia contra los nuevos formatos. Las palabras exactas de Orwell fueron: “Los libros de Penguin son de una gran calidad con respecto a su precio; son tan buenos que si los otros editores tuvieran un poco de sesos se coludirían para prohibirlos.” Convenientemente, Amazon omite citar la primera parte de la frase.

LETRAS LIBRES
SEPTIEMBRE 2014

En resumen, todas las partes involucradas están muy al pendiente de nosotros, sus leales lectores, porque para eso sirve la lealtad: para que ellos se preocupen por nosotros y para que nosotros hagamos lo que ellos nos piden. La realidad, sin embargo, es que también entre la comunidad de lectores hay un desacuerdo: están los que apoyan la idea del precio bajo y su derecho a comprar un libro hoy y recibirlo mañana, y están los que apoyan la lucha de Hachette contra el monstruo capitalista y prefieren comprar su libro en alguna otra tienda y recibirlo pasado mañana.

El mundo editorial de Estados Unidos es, en apariencia, una máquina perfecta en la que todos los escritores residen en algún barrio de la ciudad de Nueva York en compañía de su esposo/a, sus dos hijos y un perro, según una moda cada vez más presente en las contraportadas. La producción de escritores está a cargo de las universidades mediante los programas de escritura creativa, de los cuales egresan figuras estelares que de inmediato consiguen agente y contratos millonarios por libros que todavía no han terminado de escribir. Cuando por fin se publica, el libro ya está en la lista de los más vendidos del *New York Times* con una estampa de recomendación del club de lectores de Oprah, listo para que la gente lo compre, lo lea y confirme lo que le han dicho ya: que se trata de una *bestseller* y que además es bueno. ¿No pinta todo perfecto?

El problema empieza cuando esta obra maestra que es la industria editorial estadounidense infecta todo de esta fiebre del oro, desde la estandarización de la escritura literaria, la idea del escritor profesional como norma, hasta la transformación de la crítica literaria de revistas y periódicos en publicidad. El éxito y el fracaso literario se miden en términos económicos. ¿Tu primera novela vendió solamente tres mil ejemplares y ni siquiera van a hacerla película? Qué mal: eres un fracasado. Por eso, más que “lector”, la palabra que más se repite en las dos cartas públicas es la de “consumidor”. Nada de esto, por supuesto, es un problema para los defensores de Hachette ni los de Amazon. El problema no es, curiosamente, el estado de las cosas,

sino que ambas partes están impidiendo la libre perpetuación del estado de las cosas.

El despliegado de los escritores costó 104,000 dólares. La carta de Jeff Bezos está en el servidor de su tienda en línea. Mientras las dos partes luchan por nuestros derechos, somos nosotros, los leales lectores-consumidores, quienes financiamos el pleito. —

CONSPIRACIONES EL NUEVO ORDEN TRANSHUMANO

—HÉCTOR VILLARREAL

¿Qué resulta de la mezcla de *Matrix*, *Terminator* y *The Truman show*? El “transhumanismo”. Explico: usted se cree inteligente, crítico y medianamente culto e informado, alguien a quien difícilmente le pueden tomar el pelo y que es más o menos libre en sus decisiones. Pero no. En realidad usted es poco menos que una pulga incorporada a un sistema tecnológico y militar que lo ha rebasado en su biología y condición social. Hay otros más listos que usted, lo vigilan y controlan sin que usted pueda hacer nada para remediarlo.

Peor: usted tal vez gusta de jugar Candy Crush en Facebook, compartir un meme en Twitter, mandar carita de beso en WhatsApp o ver fotos de chicos y chicas con poca ropa en la web. En tal caso, le tengo una mala noticia: usted no es *cool* sino una “persona-ente”, que forma parte de una “gran masa” entregada al “ocio, narcosis y sexualidad”, mientras “soslaya la amenaza del desamparo extremo” al que nos han sometido los “dirigentes analistas”.

Según *Campo de guerra*, de Sergio González Rodríguez (Anagrama, 2014), vivimos en “la era del transhumanismo planetario”. ¿Qué significa esto? Aun cuando se trata de un concepto que resulta fundamental para este libro, pues lo atraviesa de principio a fin, entre retórica y enredijo no hay una definición clara. Componiéndolo y recomponiéndolo en retazos descubrimos que se trata de un “proyecto” o “modelo de civilización” “impuesto en el planeta desde la última década del siglo xx”, que se caracteriza no solo por el dominio militar de Estados Unidos

sino también por un “marco normativo en política, economía, sociedad y medio ambiente” por el cual las personas pierden sus derechos. Estamos deshumanizados—en “condición transhumana”—pues el campo de guerra abarca literalmente desde la molécula genética hasta el ciberespacio.

El transhumanismo posee todas las características de los mitos de conspiraciones: un plan de alcance mundial, histórico, secreto, malvado y es obra de una minoría todopoderosa para preservar su dominio. La única diferencia es que González Rodríguez es ambiguo para identificar a sus autores, los “dirigentes analistas”. No nos dice si son sionistas, masones, iluminados, raelianos, jesuitas o la mafia del poder, sino que se refiere a ellos como quienes “encabezan, poseen o administran” el “proyecto transhumanista”. Deja a la imaginación o suposición de cada quien un *ellos* posible.

Las fuentes para fundamentar la veracidad de este proyecto son dos documentos: *Global Trends 2030*, del National Intelligence Council, y *Joint vision 2020. America's military-preparing for tomorrow*, de la National Defense University. No son documentos secretos ni están en archivos privados ni fueron filtrados por WikiLeaks ni se obtienen en la internet profunda. Están de manera gratuita y sin restricciones en internet; en materia de conspiraciones esto equivale a que los legendarios ancianos de Sion hubieran publicado sus protocolos en el *New York Times*.

El primero de estos documentos menciona tendencias mundiales contrarias al “transhumanismo”: el empoderamiento de los individuos, la relevancia de *key players* distintos a Estados Unidos (China, Rusia e India) y la difusión del poder entre los países (declive en la hegemonía estadounidense); sociedades con mayor calidad de vida (más educadas, con más salud), más igualitarias (o menos desiguales), más y mejor informadas e intercomunicadas... Nada que deba sorprender si miramos la tendencia en índices del desarrollo humano de los últimos cincuenta años. Y, lo más importante, por ningún lado hay trazos de algún proyecto o plan global dictatorial.

El segundo es un documento de hace catorce años que, si bien establece la importancia de la información en las operaciones militares, carece de orientaciones de acción en inteligencia (espionaje) y se trata de lo más previsible que puede haber en el tema: que una potencia identifique fortalezas y debilidades propias, de sus aliados y de sus adversarios, y establezca prioridades a su favor. Pero no hay ningún plan para vigilar y controlar permanentemente a los miles de millones que habitamos el planeta, ni siquiera de manipular la información o los medios de comunicación. Inclusive considera acciones como la asistencia humanitaria y el reforzamiento de la paz en el mismo nivel de importancia que el contraterrorismo y el combate a las drogas.

Como todo relato conspirativo, en el del “transhumanismo” en versión de González Rodríguez hay una selección de ideas y datos que lo confirman, y la exclusión de los que le restan congruencia o verosimilitud. No hay matices ni claroscuros; solo oscuros. Todo está mal. Absolutamente mal para todos y todo el tiempo, excepto para ellos. Y lo poco que parezca bueno es simulacro o mentira. Por ejemplo, las reformas aprobadas en el Congreso mexicano han sido “implantación” de los intereses estadounidenses para “absorber” nuestros sistemas, la democracia es formal y no real, pues el Estado mexicano simplemente no existe, es un no ser, aunque la página legal de *Campo de guerra* dice: “Fondo Nacional para la Cultura y las Artes” (para eso sí hubo Estado).

El espionaje, por supuesto, es real, tal como las filtraciones evidenciadas por Edward Snowden o Julian Assange, de las cuales hay hasta hoy más obviedades que grandes revelaciones. Pero vigilancia y control son precisamente carencias en nuestro país para poder garantizar el derecho a la seguridad pública o ciudadana (de ahí el surgimiento de policías comunitarias y autodefensas), la prioridad es contar con una policía altamente calificada y apoyada con inteligencia y tecnología. Las malévolas cámaras vigilantes de las que nos habla *Campo de guerra* no alcanzan ni para cubrir por completo la avenida Paseo de la

Reforma en la ciudad de México y en la mayor parte de Iztapalapa ni se han visto.

En caso contrario, con tanta vigilancia y control, me pregunto cómo el poder hegemónico planetario habría permitido patrocinar, premiar, publicar y difundir un libro que lo desenmascara. —

LITERATURA ANGELA CARTER: EL AULLIDO DE LA DONCELLA

GABRIELA DAMIÁN MIRAVETE

“Qué triste que los escritores tengan que morir antes de que les concedamos su lugar en el mausoleo. Por supuesto, Angela Carter sabía quién era. Pero podríamos haberle dicho, más fuerte y más a menudo de lo que lo hicimos, que también nosotros lo sabíamos”, escribió Salman Rushdie sobre su querida amiga, a quien llamó “Primera Maga Deluxe” entre otros cariñosos apodos de grimorio. Según narra, se conocieron en una cena en honor a José Donoso en la que el autor chileno —vestido al estilo Buffalo Bill— trató a Carter con tanta condescendencia que Rushdie tuvo que decirle que “estaba hablando con la escritora más brillante de Inglaterra”. Angela correspondió al gesto con su amistad incondicional, aunque no necesitaba que la defendieran: era valiente y frontal. Como la describe Susannah Clapp, su autenticidad le permitía confesar sin pudor que su libro para una isla desierta sería el *Larousse Gastronomique*, nunca aplacó su cabello esponjado ni sus canas, vestía siempre un suéter de lana guango, faldas de tartán y “botas imposibles... adoraba la idea de que las mujeres se construyeran a sí mismas, pero no solo a través del maquillaje o la ropa... Y hoy no sería de esas escritoras que dicen ‘yo no me llamaría a mí misma feminista, pero...’”. Defendía con firmeza la literatura especulativa, en la que se insertan algunas de sus obras (como *La pasión de la nueva Eva*, 1977), porque creía que el *¿qué pasaría si...?* fantástico planteaba a autores y lectores cuestiones complicadas y profundas sobre las relaciones humanas y el género.

Carter deseaba crear nuevos destinos para las heroínas literarias, algo de lo que habló en su ensayo *La mujer sadiana*, donde planteó la existencia de una “pornografía al servicio de la mujer” justo en la época de las *sex wars*, en las que un sector del feminismo apostaba por la prohibición de su consumo como una forma de erradicar la violencia contra las mujeres, mientras que otras feministas —Carter entre ellas— imaginaron una nueva pornografía consciente de su capacidad de representación, capaz de revelar las estructuras de poder para trastocarlas. (Como era de esperarse, la primera postura acabó siendo la más famosa, por lo que pervive la idea de que el feminismo es, entre otras cosas, “mojigato”. Pero la obra



de Angela Carter y la existencia de los Feminist Porn Awards contribuyen a matizar la conversación.)

Quizá este afán subversivo hace que el rescate en español de *La cámara sangrienta* (originalmente de 1979 y publicada ahora por Sexto Piso, con ilustraciones de Alejandra Acosta) sea un suceso para sus lectores más fieles. Carter se interesó en una forma narrativa primordial: la de los cuentos populares. “Los hombres podrán haber escrito, pero las mujeres narraron”, resume Valerie Estelle Frankel el registro histórico de la creación

femenina en la antigüedad (*From girl to goddess. The heroine's journey through myth and legend*). ¿De dónde salieron las historias que hicieron inmortales a Perrault, Basile, Marie Catherine d'Aulnoy, Afanásiev o a los hermanos Grimm, sino de la memoria de las abuelas y nodrizas que crecieron en las aldeas de Europa? Carter, que tenía mucho sentido del humor, comparó esta condición anónima pero ubicua de los cuentos de hadas con la cocina casera: “¿Quién inventó las albóndigas? ¿En qué país? ¿Hay una receta definitiva para la sopa de papa? Pensemos en términos de las artes domésticas: ‘Así es como yo hago sopa de papa.’” Ella no se contentó con elaborar una receta nutritiva o reconfortante. Degustar a su propio Barba Azul, la Bella y la Bestia o Caperucita Roja es un hallazgo perturbador, excitante. Su prosa llena de abalorios apela a los sentidos en barroca duermevela: aromas húmedos del bosque, faunos de almizclado pelaje, *croissants* servidos en porcelana y oro. En *La cámara sangrienta* no hay versiones “actualizadas” de los cuentos, sino nuevas historias hechas a partir del contenido latente en los más antiguos. Con su particular alquimia, Carter les devolvió su origen brutal, salvaje, y al mismo tiempo los hizo resonar con el mundo de 1979. Algunas de sus cualidades primigenias resurgieron para dar sentido a la voz de las protagonistas. En la mayoría de los cuentos, son ellas quienes narran: “Yo era una muchacha joven, virgen y, en consecuencia, los hombres me negaban la racionalidad como se la niegan a todos los que no son exactamente como ellos, en toda su sinrazón”, dice la Bella, reacia a desnudarse para complacer a la Bestia (“La novia del tigre”). “Y yo empecé a temblar como un purasangre antes de una carrera, pero también con una especie de miedo, porque sentía una extraña e impersonal excitación ante la idea del amor y, al mismo tiempo, una repugnancia que no podía reprimir ante la blanca y grosera carne de mi marido...”, cuenta, a su vez, la nueva esposa de Barba Azul, fascinada por el castillo que en la noche parece flotar sobre el agua oscura “como una tarta de cumpleaños” (“La cámara sangrienta”). Es la heroica madre de la chica, y no sus

hermanos, quien la salva de la tortura y la muerte. Este cambio de perspectiva, esta capacidad de mirarse dentro de su propia historia, es más transgresora que Caperucita desnudando al lobo (finalmente es la exploración erótica de una mujer blanca, europea, heterosexual de la clase media que no imaginó “a Cenicienta en la cama con el hada madrina”, le reclamó Patricia Duncker).

En una carta a Robert Coover, Angela escribió: “Creo que una ficción absolutamente consciente de sí misma (es decir, no una mera bitácora de eventos) es una forma diferente de la experiencia humana que puede ayudar a transformar la realidad.” Carter nos obsequió, envuelta en terciopelo rojo sangre, la voz de las mujeres que se miran a sí mismas para convertirse en sujetos deseantes (en *La mujer sadiana*, por ejemplo, habla de Marilyn Monroe como la personificación de la víctima en el cuento de hadas, como “la mártir más notable de la hermandad de mujeres de Santa Justine”; al comparar lo que autores varones como Norman Mailer han escrito usando la voz de Marilyn con sus verdaderas notas personales y declaraciones, el cambio de perspectiva sobre la vida de la estrella es radical). Se trata de una toma de conciencia que gracias a Carter encontramos cada vez con más frecuencia en autoras jóvenes como Helen Oyeyemi o Karen Russell. Es probable que, como Primera Maga Deluxe, ya supiera que nosotros sabríamos quién era ella. —

CARTA DESDE WASHINGTON LA DEMOCRACIA DEL 1%

ARTURO SARUKHÁN

Shakespeare y la política siempre se han llevado de la mano. Por ello, en esta carta que aborda lo que hoy aqueja a la democracia estadounidense, parafraseo de entrada una cita clásica del repertorio del bardo inglés: algo está podrido en los Estados Unidos de América. Y no es que en Washington exista un escándalo en puerta como en la corte danesa de *Hamlet*, pero los signos vitales que emanan de un sistema

político crecientemente quebrado sí que son preocupantes y los síntomas están a la vista de todos. Temas torales para esa nación —y para muchas otras, particularmente para una nación vecina como la nuestra— como la capacidad de presentar una legislación de manera normal y programática en el Congreso, aprobar cada año leyes de asignación presupuestal, atacar de raíz el déficit fiscal, cerrar la brecha de la desigualdad, pasar una reforma migratoria, aprobar nombramientos de embajadores o arropar con autorización legislativa las negociaciones comerciales regionales en las que está involucrado su Ejecutivo, por mencionar solo algunos ejemplos, se encuentran en entredicho gracias a la creciente polarización ideológica y partidista. Muchos argumentarán que no es la primera vez que esto sucede en la historia de Estados Unidos. Y es cierto: desde sus inicios como nación, en los procesos deliberativos que condujeron a la redacción del acta de Independencia y de la Constitución, durante los debates en torno a la esclavitud y la expansión territorial de la joven república, o en los debates en torno al papel del Estado, los derechos civiles o las guerras culturales, siempre ha habido un nivel elevado de confrontación —en ocasiones violenta— de ideas y principios. Pero la polarización y la metástasis nunca habían sido tan nocivas. En todos los años que llevo estudiando y observando a Estados Unidos, interactuando con su sociedad y su clase política desde la diplomacia mexicana, jamás había atestiguado un entorno político tan disfuncional como el que ahora impera en Washington.

Hay muchas razones estructurales que explican las actuales circunstancias y la incapacidad que han mostrado los actores políticos para gobernar y legislar en la capital estadounidense, pero tres me parecen las más importantes.

La primera es el proceso de manipulación en la configuración de distritos electorales y que, de manera creciente, tanto demócratas como republicanos están utilizando a nivel local y estatal para blindar y favorecer electoralmente a congresistas en funciones, modificando la demarcación



✦ En Estados Unidos los signos vitales de la democracia son preocupantes.

de una circunscripción electoral en función de preferencia o militancia partidista y de los factores étnicos o religiosos de la población que reside en dicha circunscripción. El hecho de que, por ejemplo, en las votaciones intermedias de 2010 solo cuatro congresistas titulares perdieran su escaño ante rivales que buscaban desbancarlos es indicativo de qué tan eficaz se ha vuelto esta práctica para blindar la reelección de representantes. Pero el problema va más allá de la reelección de un legislador y la capacidad de un partido político de obtener una mayoría —y por ende el control— de la Cámara de Representantes y de todos sus comités. En el fondo, la reconfiguración distrital perpetúa en el poder a congresistas que pierden así todo incentivo para modificar o revisar posicionamientos políticos y que, más que cuidarse de un potencial contendiente electoral del partido opositor, se ven obligados a cuidarse de contrincantes al interior de su propio partido. Esto conduce, por ende, a votar siempre en consonancia con la mayoría de los electores de la circunscripción. No hay razón para tomar en cuenta otras voces minoritarias y de oposición en su distrito y mucho menos para asumir posiciones o emitir votos riesgosos que deriven en que al republicano lo rebasen por la derecha o al demócrata por la izquierda. Toda política, como adelantó el emblemático Líder de la Cámara en los años ochenta “Tip” O’Neill, se ha vuelto local, y hoy aún más, en detrimento de la agenda nacional. Esto por ejemplo explica en gran medida por

qué el liderazgo republicano nacional —y moderado— ha sido incapaz de mover a su partido al centro y apoyar una reforma migratoria.

La segunda razón radica en el creciente peso del dinero en los procesos electorales, particularmente a raíz de una decisión lamentable de la Suprema Corte en 2010 (“Citizens United vs. FEC”). Amparada en la Primera Enmienda a la Constitución que garantiza la libertad de expresión, la Corte determinó eliminar todo tope de gasto y límite a cómo y cuánto pueden donar individuos y corporaciones a las campañas políticas a través de los llamados Comités de Acción Política (PAC y SuperPAC). En términos prácticos, este dictamen no solo permite canalizar fondos anónimos a las campañas sino que abre la puerta a que las personas que coloquen más recursos en los procesos electorales y preelectorales puedan tener una influencia desmedida en el proceso mismo y en la eventual toma de decisiones. Esto hace que los partidos y sus activistas estén de facto inmersos en una recaudación permanente de fondos y que ello los vuelva rehenes de intereses, agendas y visiones particulares, en detrimento de la gran mayoría de los ciudadanos. No extraña, por ende, que tanto el movimiento del Tea Party como Occupy Wall Street sean las dos caras opuestas y extremas del mismo fenómeno: ciudadanos que sienten que sus aspiraciones, preocupaciones o visiones no tienen cabida en los partidos Republicano y Demócrata, respectivamente.

La tercera de ellas es la radicalización en el espectro ideológico en Estados Unidos. Se trata de un fenómeno más sutil y menos medible pero quizá tan delicado como los dos anteriores. El surgimiento y consolidación de canales en televisión y radio dedicados de modo exclusivo a las noticias, así como la explosión de redes sociales y plataformas noticiosas y de opinión digitales, han erosionado el común denominador en la socialización política del ciudadano estadounidense. Hasta hace dos décadas, había básicamente tres fuentes de noticias —ABC, CBS y NBC— muy similares en tendencia y de corte moderado y centrista, si bien una de ellas tiraba más a centro-derecha y otra a centroizquierda. Esa convergencia de opinión editorial reflejaba también un sistema político que, más allá de los desacuerdos entre republicanos y demócratas, era relativamente centrista. Los televidentes estadounidenses estaban expuestos a un debate y exposición transversales de ideas que gravitaban hacia el centro. Hoy eso ha dejado de existir. Con canales noticiosos de 24 horas, con el alud de opciones de información y de opinión, los estadounidenses han adquirido la capacidad para leer o sintonizar solo las fuentes y tendencias con las que comulgan, filtrando cualquier argumento o postura que no compartan. Esto ha eliminado el contraste de ideas y la exposición a corrientes de opinión que no sean las propias, y ha llevado a una cerrazón y polarización ideológicas.

Hoy el bipartidismo que tanto incidió en la vida política y pública de Estados Unidos a lo largo de prácticamente todo el siglo XX ha desaparecido. Y es justo el bipartidismo lo que ha permitido al país establecer los consensos políticos, sociales y económicos fundacionales y paradigmáticos de su historia moderna. A raíz de la recesión económica severa por la que ha atravesado Estados Unidos a partir de 2009 y de la creciente desigualdad económica, los analistas y la opinión pública se enfocaron en la llamada “economía del 1%”, en referencia al segmento reducidísimo de la élite económica del país que concentra la riqueza de manera desproporcionada. Pero esa nueva acumulación del

poder económico, junto con las tres tendencias descritas, en los hechos está derivando en una democracia del 1%; democracia de, por y para unos cuantos. Para quienes creemos que aun con todas sus fallas y vicios la democracia estadounidense ha sido un punto de referencia de la democracia liberal y representativa, con pesos y contrapesos efectivos y anclada en una amplísima clase media meritocrática con movilidad social, las circunstancias actuales del ejercicio político en Estados Unidos son motivo de honda preocupación, al grado de convertirse en el fantasma que, como al príncipe Hamlet, atormentará y perseguirá a su práctica de la democracia. —

INTERNET

RETRATO DEL RESEÑISTA ADOLESCENTE

ANA GARRALÓN

Hubo un tiempo en que ejercer la crítica literaria podía resultar peligroso. Un amigo crítico —que en una época reseñaba con inclemencia la obra de escritores principiantes en el suplemento de un gran diario— me confesó alguna vez que salía de su portal mirando a ambos lados por si alguno de los agraviados se personaba para vengarse.

Hoy existe un fenómeno en el que los que hablan de libros no solo no temen, sino que reciben cálidas ovaciones por parte de sus lectores. ¿O debería decir “escuchas”? Porque el nuevo fenómeno se llama *booktuber* y tiene como protagonistas a jóvenes *críticos* que, en lugar de escribir para los periódicos, cuentan sus recomendaciones en videos más o menos caseiros, mientras entretienen y animan.

El fenómeno *booktuber* es relativamente nuevo en el ámbito hispano, a diferencia del estadounidense, donde desde hace años muchos jóvenes comparten sus lecturas ante una cámara. Es cierto que los libros han estado presentes desde hace mucho tiempo en las pantallas —solo es cuestión de recordar aquellos grandes programas televisivos donde presentadores con un gran bagaje cultural sugerían lecturas para un público más o menos amplio—, pero lo que ocurre con estos

jóvenes es algo diferente, pues muchos *booktubers* confiesan haber sido poco lectores cuando comenzaron, o no tienen ningún pudor en mezclar en sus canales de YouTube videos de recomendaciones de libros con consejos de belleza, moda y salud.

La mayoría son jóvenes “heridos por la letra”, “*yonquis* de la lectura”, a juzgar por sus propias expresiones, entre las que “enganchado” y “enganchadísimo” han llegado a ser palabras habituales. Hablan con soltura de libros, pero también muestran las dedicatorias de sus escritores preferidos. Hay quienes enseñan a la cámara sus tatuajes inspirados en algún título o los que hablan de lugares donde conseguir ejemplares baratos. No faltan tampoco quienes realizan juegos y adivinanzas en aras de entretener a la audiencia. Atención, libreros, un dato significativo: estos jóvenes no suelen pisar las librerías, se abastecen en internet o en ferias donde es indispensable acudir para obtener dedicatorias y hacer un poco de vida social.

Algunos de estos chicos tenían blogs donde escribían sobre los libros, pero en algún momento sintieron el poderoso llamado de los medios audiovisuales: “hablado es más interesante”, dicen, y así es más fácil compartir el entusiasmo con el “mundo entero”. Algunos otros argumentan que de esa manera el comentario de libros se vuelve interactivo y personal, aunque la “interacción” para el espectador no sea más que mirar, escribir un comentario y esperar —si es que sucede algún día— una respuesta. El video es dinámico, sin duda, aunque encontremos siempre el mismo escenario: habitaciones con paredes vacías o empapeladas con carteles “literarios”. No son pocos los comentaristas que cuidan su propia imagen y en muchos casos uno puede observar cambios en relación a su vestuario, peluquería y maquillaje.

¿Y qué es lo que reseñan, cuáles son sus gustos literarios? Los *booktubers* se justifican diciendo que muchos libros pasan inadvertidos y el comentario en video rescata esos títulos para darles difusión, pero la realidad es que prácticamente todos hablan de los mismos libros. Tienen a John Green como buque insignia, les fascinan las

sagas, las trilogías, la literatura cuanto más fantástica mejor, lo que lleve la etiqueta de juvenil es perfecto para ellos y, aunque aseguran tener libertad para leer lo que quieren, desde fuera y desde lejos, se observa una sospechosa homogeneidad en gustos, títulos, autores y criterios. Solo hay que mirar alguno de los tours que hacen por sus estanterías: tomos gruesos con lomos oscuros, muchos similares en cuanto a temas, tramas, argumentos y estilos.

Lo que los *booktubers* valoran en los libros son tramas que atrapen y enganchen, libros gordísimos que no pueden pararse de leer, momentos “supercinematográficos”, ritmos trepidantes. Cuanto más rápido se lea una historia, mejor, y si se trata de libros de los que todos hablan, o cuya adaptación cinematográfica va a estrenarse pronto, es casi el paraíso. Y no digamos cuando el libro les hizo llorar toda la semana. Si internet es el reino de lo rápido, lo corto y lo emocional, la lectura no va a ser menos y las categorías “críticas” que sirvan para valorarla van a verse reducidas a la mínima expresión. Para esta comunidad si un libro es cortito se lee “rápido” pues elementos como el flujo de conciencia, el monólogo interior, la prosa retórica, la intertextualidad o el experimentalismo —por citar algunos pocos que tan bien nos recordó David Lodge en *El arte de la ficción*— están fuera de su radio de entendimiento.

Su gran desenvoltura frente a la cámara y el trabajo invertido en la edición de sus videos contrastan con la poca labor de edición de sus reflexiones. Muchos comienzan diciendo: “Este libro trata de...” y se lanzan a contar el argumento con mayor o menor habilidad mientras agitan con una mano el libro en cuestión. Es común que el comentario no traspase la capa superficial del argumento, pero sospecho que eso sucede porque el libro no tiene una segunda capa siquiera. Teniendo en cuenta que hay videos que duran quince minutos sorprende que los *booktubers* no hagan reflexiones sobre narradores, tiempo, espacio, figuras literarias... en fin, todo eso que la crítica por escrito se cuida de observar y valorar. Pero, claro, estos comentaristas conocen muy bien a su público, lector o no lector al que hay

que animar, y es mejor hablar ligero. Por eso utilizan un lenguaje común donde pueden decirse cosas como “novela autoconclusiva”. Si es un libro que se titula *Héroes* comentan que se trata de una “fantasía heroica”, o “va de dragones” si el título es *Dragón*. No les importa que sus profesores de la universidad lleguen algún día a sus canales de video. “Es muy mono”, dicen también, y hablan de sus autores favoritos como si fueran amigos: “Como todos los libros de John...”

Lo que antes se escuchaba tímidamente en los corrillos de los círculos de lectura, ahora está para siempre en la red. Multitudinarias visitas a videos lo confirman, comentarios que alcanzan la cifra de setecientos, canales con más de veinte mil suscriptores, editoriales corriendo detrás de ellos. No importa si el arte de la retórica está ausente. Todo eso terminó ya. Basta de lectores encerrados en una habitación llena de humo: le voy a decir a mi amigo que se afeite bien y se anime a ponerse frente a una pantalla. La cazadora de cuero se la presto yo. Qué más da si no es un adolescente, igual con una correcta iluminación y un buen ángulo funciona, pero a ver cómo le explico que en diez minutos solo puede hablar de sus agitaciones. —

REPÚBLICA DE LAS LETRAS LA AGONÍA DE LOS SIETE SABIOS

ÁNGEL GILBERTO ADAME

Suele atribuirse el rompimiento entre los Siete Sabios de México a divergencias ideológicas que aumentaron con el tiempo. No es del todo cierto. También hubo motivos personales, poco conocidos, que enfriaron la amistad que cultivaron en la Escuela de Jurisprudencia.

Entre 1918 y 1920 ya se les asociaba poco dentro de las actividades universitarias. Las tempranas cartas de Antonio Castro Leal a Alfonso Reyes evidenciaban competitividad entre ellos, y los intereses individuales restaban importancia al proyecto colectivo: Vicente Lombardo Toledano y Manuel Gómez Morin buscaban lugar en el gobierno; Teófilo Olea y Leyva y Alberto Vásquez del Mercado, ambos paisanos y amigos de la infancia,

se dedicaron a la abogacía; Castro Leal se entregó a las letras y Alfonso Caso a la antropología. En 1917, Jesús Moreno Baca se graduó y se alejó paulatinamente del grupo al iniciar su vida profesional y familiar, y al definirse en favor del Partido Nacional Cooperatista, encabezado por Jorge Prieto Laurens.

En 1922, Alfonso Caso contrajo matrimonio con María Lombardo, hermana de Vicente. No hay constancia de que fueran invitados a la ceremonia Moreno Baca ni Castro Leal —quien ya vivía en extranjero, donde permanecería ocho años— ni Gómez Morin ni Vásquez del Mercado. Olea y Leyva, que sí recibió invitación, se disculpó en una carta a Caso:

“Desgraciadamente no podré asistir a tu matrimonio mañana por los motivos que a continuación te expreso, mismos que sin desearlo, [me] han hecho alejarme de ti como lo has notado y que ahora me veo obligado a decírtelos para que no sigas tomando mi proceder como falta de afecto hacia ti: Vicente Lombardo se me ofreció para cobrar un pagaré, [...] habiendo ocurrido esto en el año de 1919. Después de algún tiempo, Vicente me dijo que el documento se había extraviado en un despacho donde él trabajaba, y después de muchísimas súplicas para arreglar satisfactoriamente esto, llegó a pretender entregarme una carta firmada por una persona de pésima reputación para justificarme la pérdida del documento, en vez de comprometerse [...] a responder como era de esperarse de una persona honorable. Han pasado tres años y [...] contra mí han dicho que soy un abogado sin escrúpulos y mil chismes [...]. Al saber esto tuve un derrame de bilis que me enfermó; causa por la cual me veo imposibilitado para asistir.” [Fondo Alfonso Caso, 1922]

Esta boda produjo un golpe de efecto inesperado en otros ámbitos. Ese mismo año de 1922 —como relata José Vasconcelos en *El desastre*—, para resolver el problema de autoridad que existía en la Escuela Nacional Preparatoria, el rector Antonio Caso le propuso como director a Lombardo Toledano. Escribe Vasconcelos: “Tiene Caso la debilidad de los parientes. A Lombardo

lo recomendó porque un hermano de Caso había contraído matrimonio con una de [sus] hermanas. [...] Creí, pues, que el ingreso de Lombardo a la Dirección de la Preparatoria conciliaría intereses y me uniría de nuevo con mis colaboradores de primera categoría: [principalmente] Caso.”

Ese nombramiento no funcionó como esperaba: “Empezaron en la Preparatoria las juntas políticas y los discursos radicaloides. Lombardo procedía de un seminario poblano y había sido, además, un buen auxiliar en la administración de Victoriano Huerta. Su nuevo celo lo atribuimos al deseo de borrar su pasado.”

Las cosas empeoraron: “Bastaba, por supuesto, con que yo sugiriera algo para que no se hiciese.” Según Vasconcelos, Lombardo conspiraba contra él, esperando que con Calles se le entregaría la Secretaría de Educación, donde nombraría subsecretario a su cuñado Alfonso.

Estos conflictos desataron una huelga en San Ildefonso, violencia contra Vasconcelos, la salida de Lombardo, la expulsión de Alfonso Caso y, el 28 de agosto de 1923, la renuncia de Antonio a la rectoría con el consecuente rompimiento entre dos de los miembros más destacados del Ateneo de la Juventud. No fue indiferente a todo esto Gómez Morin, que veía en Vasconcelos a su mentor, por lo que nunca más volvió a dirigirle la palabra a Lombardo. Cuando Manuel se casó, el 12 de enero de 1924, los bandos estaban claramente escindidos. A su boda solo acudieron Olea y Vásquez del Mercado.

Estas asperezas, sumadas a su distanciamiento profesional, generaron que ninguno respaldara la decisión de Vásquez del Mercado de renunciar a la Suprema Corte en 1931 por la expulsión del país de Luis Cabrera. El ríspido debate por la educación socialista acrecentaría más tarde los rencores. Las tempranas muertes de Moreno Baca y Olea descartaron la posible reconciliación. Los Sabios se separaron definitivamente cuando se extinguió lo que los había unido: el desinterés y la camaradería que se construyen en la juventud y en el aula. —